



ESTUDIO BÍBLICO

CUANDO JESÚS ENTRA EN LA CASA



PASANDO DE LA FE PÚBLICA A LA
TRANSFORMACIÓN PRIVADA



01

SECCION

Los ciegos también pueden seguir

Mateo registra uno de los relatos de milagros más breves de los Evangelios, y sin embargo, escondida en estos pocos versículos hay una de las mayores lecciones sobre la fe. Con frecuencia nos enfocamos en la sanidad misma, pero antes de que Jesús abriera sus ojos, Él notó algo mucho más significativo: ya lo estaban siguiendo. Mateo no comienza describiendo el milagro. En cambio, describe el movimiento. El milagro llegaría después, pero la fe ya era visible a través de su búsqueda.

MATEO 9:27 (RVR1960)

“Y pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: Ten misericordia de nosotros, Hijo de David.”

El versículo presenta de inmediato lo que parece una imposibilidad. Hombres ciegos siguen a alguien a quien no pueden ver. Ese detalle merece atención cuidadosa porque Mateo lo incluye a propósito. Si eran ciegos, ¿cómo lograron permanecer detrás de Jesús? ¿Cómo sabían hacia dónde iba? ¿Cómo evitaron perderlo entre la multitud?

El texto nunca responde esas preguntas porque no son el punto. Mateo quiere que entendamos algo más grande: la fe no requiere visibilidad perfecta antes de comenzar a moverse. Estos hombres se negaron a permitir que la ausencia de vista se convirtiera en excusa para la parálisis espiritual. No podían explicar el camino, pero confiaban en la Persona que lo dirigía.

Este principio aparece a lo largo de las Escrituras. Abraham dejó su tierra sin saber su destino. Hebreos nos dice que “salió sin saber a dónde iba” (Hebreos 11:8). Israel entró en las aguas desbordadas del río Jordán antes de que se separaran. Pedro salió de la barca antes de que el mar se volviera sólido bajo sus pies. En cada caso, Dios premió el movimiento antes de la explicación. El cielo a menudo espera hasta que comenzamos a caminar antes de revelar el siguiente paso.

Muchos creyentes suponen que la claridad debe llegar antes de la obediencia. Nos decimos que serviremos cuando cada pregunta haya sido respondida, que adoraremos cuando cada lucha haya desaparecido, o que confiaremos en Dios una vez que entendamos su plan. Sin embargo, las Escrituras enseñan constantemente lo contrario. El entendimiento frecuentemente sigue a la obediencia en lugar de precederla. Dios rara vez revela todo el trayecto de una vez porque hacerlo eliminaría la necesidad de la fe.

Los dos ciegos nos recuerdan que la fe no es la ausencia de incertidumbre. La fe es la decisión de seguir persiguiendo a Cristo mientras la incertidumbre todavía existe. Su ceguera era real. Sus limitaciones eran innegables. Sus circunstancias no habían cambiado. Sin embargo, ninguna de esas realidades les impidió moverse hacia Jesús.

También hay una lección importante para la iglesia moderna. A menudo medimos la salud espiritual por lo que sentimos o por lo que podemos percibir claramente. Cuando la dirección de Dios parece obvia, la adoración fluye con naturalidad. Cuando las oraciones son respondidas rápidamente, la confianza aumenta. Pero la fe madura se revela cuando nada parece estar cambiando. El discipulado genuino sigue a Cristo incluso cuando las emociones están ausentes, las circunstancias siguen siendo difíciles y el futuro permanece oculto.

El Pastor Tisdale hizo una observación profunda durante el mensaje: el enemigo no siempre necesita hacernos pecar; a veces solo necesita paralizarnos. Esa afirmación captura una de las mayores estrategias de Satanás. Si no puede destruir nuestra fe, intentará estancarla. Un creyente que deja de buscar a Dios eventualmente pierde sensibilidad a su voz. El progreso espiritual rara vez se destruye en un solo momento; usualmente se abandona un pequeño paso a la vez.

Estos ciegos se negaron a quedarse quietos. Cada paso que dieron declaró algo que sus ojos todavía no podían confirmar: “Creo que vale la pena seguir a Jesús incluso antes de recibir lo que le estoy pidiendo.” Eso es fe bíblica. No es confianza en la evidencia visible; es confianza en el carácter de Cristo.

Quizás por eso este milagro comienza con movimiento en lugar de sanidad. Antes de que Jesús tocara sus ojos, Él fue testigo de corazones que ya lo perseguían. Mucho antes de experimentar la vista física, poseían visión espiritual. Entendían que estar cerca de Jesús importaba más que comprender completamente el camino.

Esa misma invitación permanece hoy delante de cada creyente. Habrá temporadas en las que el tiempo de Dios sea difícil de entender, en las que las oraciones parezcan retrasadas, y en las que sus planes permanezcan ocultos. Durante esos momentos, la pregunta no es si podemos ver con claridad. La pregunta es si seguiremos de todos modos. Los mayores milagros a menudo comienzan con personas que simplemente se niegan a dejar de caminar detrás de Jesús, incluso mientras el panorama sigue oscuro.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Dónde te está pidiendo Dios hoy que sigas avanzando en fe, aunque todavía no puedas ver cómo se desarrollará?

.....

.....

.....

.....

“¿Crees que puedo hacer esto?”

Pasando de la creencia general a la fe personal

El momento más significativo de este milagro no es cuando Jesús tocó los ojos de los ciegos. Es la pregunta que hizo antes de que el milagro sucediera. A lo largo de su ministerio terrenal, Jesús a menudo hacía preguntas, no porque le faltara información, sino porque deseaba exponer la condición del corazón humano. Las preguntas revelan lo que las declaraciones a menudo ocultan. Antes de que Cristo cambiara sus circunstancias, quiso examinar su fe.

MATEO 9:28-29 (RVR1960)

“Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos; y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho.”

Observa dónde tiene lugar esta conversación. Jesús no hace la pregunta mientras todavía están en el camino. Espera hasta que han entrado en la casa. Ya lo habían seguido por las calles. Ya habían clamado por misericordia. Ya lo habían reconocido públicamente como el Hijo de David, el Mesías prometido. Sin embargo, ninguna de esas acciones los exime de responder una pregunta profundamente personal: “¿Crees que soy capaz de hacer esto?”

A primera vista, la pregunta parece innecesaria. ¿Por qué dos ciegos pasarían tanto tiempo persiguiendo a Jesús si no creyeran que Él podía sanarlos? Sin embargo, Jesús está haciendo una distinción entre dos clases de fe muy diferentes. Una cosa es creer que Dios es poderoso. Otra cosa es creer que su poder alcanza tu situación.

La mayoría de los cristianos no tienen dificultad en estar de acuerdo con la doctrina de que Dios puede hacer cualquier cosa. Predicamos su omnipotencia, cantamos sobre su grandeza y damos testimonio de sus milagros. Creemos que abrió el Mar Rojo, resucitó a Lázaro, sanó a los enfermos y venció a la muerte misma. Celebramos los milagros registrados en las Escrituras y nos gozamos cuando escuchamos testimonios de lo que ha hecho por otros. El problema rara vez es si creemos que Dios es capaz. La verdadera lucha es si creemos que Él es capaz aquí, ahora, y para nosotros.

Ahí es precisamente hacia donde Jesús dirige su pregunta. Él no pregunta: “¿Crees que Dios hace milagros?” Pregunta: “¿Crees que yo soy capaz de hacer esto?” El énfasis cambia de la teología a la relación, de la creencia abstracta a la confianza personal. Su ceguera no era teórica. Era la realidad con la que despertaban cada mañana. Su dolor tenía nombres, recuerdos, decepciones y años atados a él. Jesús preguntaba si su fe era lo suficientemente grande como para traer esa carga específica delante de Él.

El Pastor Tisdale desafió a la congregación con la misma verdad. Muchos creyentes se sienten cómodos diciendo: “Dios puede sanar”, pero dudan cuando enfrentan la pregunta: “¿Puede sanar esto?” Creemos que restaura matrimonios, pero nos preguntamos si el nuestro ha llegado demasiado lejos. Creemos que

perdona el pecado, pero secretamente cuestionamos si puede perdonar el nuestro por completo. Creemos que libera a las personas de la adicción, la ansiedad, la amargura o la vergüenza, pero silenciosamente suponemos que nuestra lucha es la excepción. La fe a menudo se vuelve general mientras el temor permanece personal.

Los ciegos respondieron con una simplicidad notable: “Sí, Señor.” No ofrecieron explicación, no exigieron evidencia y no negociaron condiciones. No podían explicar cómo Jesús realizaría el milagro, pero confiaban en Aquel que lo haría. La fe bíblica nunca ha requerido entender cada detalle del método de Dios. Simplemente confía lo suficiente en su carácter como para poner lo imposible en sus manos.

Por eso la fe no es pensamiento positivo ni optimismo iluso. La fe bíblica es confianza arraigada en la persona de Jesucristo. Declara: “Señor, no sé cuándo actuarás. No sé cómo actuarás. Pero sé quién eres.” La fe descansa con más seguridad en el carácter de Dios que en nuestro propio entendimiento.

Entonces Jesús pronunció palabras que deben desafiar a todo creyente:

“Conforme a vuestra fe os sea hecho.”

No estaba enseñando que la fe posee un poder mágico en sí misma. Más bien, estaba revelando que la fe es el canal a través del cual recibimos lo que Dios desea realizar. La fe no fuerza la mano de Dios; posiciona nuestros corazones para recibir su obra. La cuestión nunca fue si Jesús tenía el poder para sanar. La cuestión era si estos hombres se entregarían por completo a Él.

Todo creyente eventualmente escucha esta misma pregunta del Señor. Puede llegar durante una temporada de duelo, incertidumbre, conflicto familiar, presión financiera, enfermedad o lucha espiritual. Las circunstancias cambian, pero la pregunta permanece sin cambios:

“¿Crees que soy capaz de hacer esto?”

Nuestra respuesta determina mucho más que si recibiremos un milagro. Revela si nuestra confianza está puesta en nuestras circunstancias o en el Salvador que está por encima de ellas. La fe comienza cuando dejamos de medir la capacidad de Dios por el tamaño de nuestro problema y empezamos a medir nuestro problema por la grandeza de nuestro Dios.

El camino llevó a los ciegos hasta Jesús, pero la casa expuso sus corazones. Antes de abrir sus ojos, Cristo los invitó a abrir su confianza. Esa misma invitación sigue en pie hoy. Todo milagro comienza con la decisión de responder, como ellos lo hicieron, con confianza sencilla e inquebrantable:

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Qué situación específica en tu vida requiere ahora mismo que pases de una creencia general en el poder de Dios a una confianza personal en que Él puede actuar en TU circunstancia?

03

SECCION

Cuando el dolor se convierte en tu identidad

Negándote a ser definido por lo que necesita ser sanado

Uno de los detalles más llamativos del relato de Mateo es algo que a menudo pasamos por alto porque parece tan ordinario. El escritor del Evangelio nunca nos da los nombres de los hombres que Jesús sanó. No se nos presenta a sus familias, ocupaciones, personalidades ni historias. En cambio, son identificados por una sola característica:

“Dos ciegos.”

MATEO 9:27 (RVR1960)

“Y pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: Ten misericordia de nosotros, Hijo de David.”

Esa descripción era precisa, pero incompleta. La ceguera explicaba su condición, pero no revelaba quiénes eran realmente. Antes de ser ciegos, eran hijos, vecinos, amigos y hombres creados a imagen de Dios. Poseían un valor que se extendía mucho más allá de su discapacidad. Sin embargo, para todos los que los rodeaban, su condición se había convertido en su identidad.

Esto revela uno de los mayores peligros del dolor prolongado. Mientras más tiempo cargamos una lucha, más fácil resulta confundir lo que estamos experimentando con quiénes somos. Una batalla temporal lentamente se convierte en una etiqueta permanente. Lo que comenzó como una aflicción eventualmente se

convierte en el nombre por el cual la gente nos conoce.

El Pastor Tisdale capturó esta realidad con una observación poderosa: la disfunción a largo plazo reduce a una persona a lo más visible que está mal en ella. Eso es exactamente lo que les había sucedido a estos hombres. Ya no eran presentados por sus nombres sino por su limitación. Su futuro había quedado eclipsado por su condición.

El mismo patrón sigue existiendo hoy. Las personas llegan a ser conocidas como “el divorciado”, “el adicto”, “el deprimido”, “el enojado”, “el ansioso”, o “el que siempre está luchando.” Aunque esas descripciones contengan elementos de verdad, nunca son la verdad completa. Dios nunca ha definido a su pueblo por su quebranto. Siempre ve más allá de la herida hasta la persona que creó y el propósito que intenta restaurar.

Las Escrituras demuestran este principio repetidamente. Abram se convirtió en Abraham. Sarai se convirtió en Sara. Simón se convirtió en Pedro. Saulo se convirtió en Pablo. A lo largo de la Biblia, Dios se negó consistentemente a permitir que el pasado de las personas definiera su futuro. El cielo siempre ha estado en el negocio de dar nuevas identidades a quienes se rinden a Él.

El enemigo, sin embargo, trabaja en la dirección opuesta. Satanás desea convencernos de que nuestros fracasos, heridas y debilidades son definiciones permanentes en lugar de condiciones temporales. Si no puede impedir que vayamos a Jesús, intentará hacernos creer que el cambio es imposible. Su meta no es simplemente mantenernos luchando, sino persuadirnos de que la lucha es simplemente quiénes somos.

Por eso el Pastor Tisdale hizo otra afirmación profunda durante el mensaje: después de un tiempo, tu condición puede convertirse en un disfraz. Un disfraz es algo que se usa repetidamente hasta que la gente lo asocia con la persona que hay debajo. Espiritualmente, esto sucede cuando alguien comienza a vivir de acuerdo con las etiquetas que le han puesto en lugar de vivir según la identidad que Dios ha hablado sobre él. Eventualmente, dejan de esperar la transformación porque han aceptado la etiqueta como permanente.

Sin embargo, estos ciegos se negaron a dejar que la ceguera se convirtiera en el final de su historia. Nota que no se presentaron a sí mismos por su discapacidad cuando clamaron a Jesús. No dijeron: “Somos hombres ciegos.” En cambio, se dirigieron a Él con uno de los títulos mesiánicos más significativos de toda la Escritura:

“Hijo de David, ten misericordia de nosotros.”

Su enfoque no estaba en definirse a sí mismos sino en identificarlo a Él. Mientras todos los demás solo podían ver su limitación, ellos reconocieron su Señorío. Su fe descansaba no en lo que les faltaba sino en quién era Él. Ese cambio de enfoque es el comienzo de toda transformación verdadera. La libertad comienza cuando Cristo se vuelve más grande en nuestra visión que las etiquetas que hemos cargado.

Hay otra verdad hermosa escondida en este pasaje. Jesús nunca los llamó “ciegos”. Cuando entraron en la casa, les habló directamente y les preguntó: “¿Creéis que puedo hacer esto?” Se dirigió a ellos como

individuos capaces de fe, no como casos sin esperanza definidos por la discapacidad. Antes de sanar sus ojos, honró su humanidad. Cristo siempre ve a las personas antes de ver los problemas.

El mismo Salvador todavía habla de esa manera hoy. Él no nos presenta por nuestro peor error, nuestra herida más profunda o nuestro mayor fracaso. Nos llama por gracia antes de que experimentemos plenamente la restauración. Su voz declara lo que podemos llegar a ser, no meramente lo que hemos sido.

Quizás has cargado una etiqueta por tanto tiempo que se siente inseparable de tu identidad. Tal vez te la dio tu familia, tu pasado, tus propios fracasos, o incluso tus propios pensamientos. La buena noticia del Evangelio es que Jesús nunca tuvo la intención de que tu condición se convirtiera en tu identidad. Lo que la gente ha usado para describirte no es la última palabra sobre tu vida.

Los dos ciegos entraron en la casa cargando la etiqueta que todos conocían. Salieron cargando un testimonio que solo Jesús podía dar. El mismo Cristo que abrió sus ojos todavía se especializa en restaurar identidades. Él no simplemente sana lo que está roto; nos recuerda quiénes hemos sido siempre en Él.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Hay una etiqueta o lucha que has cargado por tanto tiempo que ha comenzado a sentirse como tu identidad? ¿Cómo se vería dejar que Jesús te renombre en su lugar?

.....

.....

.....

.....

SECCION

04

La fe sigue el sonido de la adoración

Aprendiendo a seguir a Jesús antes de poder ver el camino

Una de las verdades más hermosas escondidas dentro de este milagro es que Mateo nunca explica cómo los ciegos lograron permanecer detrás de Jesús. Simplemente se nos dice que lo siguieron. El Evangelio deja sin explicar la mecánica de la historia porque quiere que nos enfoquemos en el principio más que en el método.

MATEO 9:27 (RVR1960)

“Y pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: Ten misericordia de nosotros, Hijo de David.”

Imagina la escena por un momento. Multitudes se mueven por calles estrechas. Jesús camina hacia la casa. Hay conversaciones sucediendo a su alrededor. Sin embargo, de alguna manera estos dos hombres permanecen lo suficientemente cerca como para nunca perderlo. No pueden ver sus pisadas, pero siguen moviéndose en su dirección.

El Pastor Tisdale hizo una pregunta simple pero profunda durante el mensaje: “¿Cómo lo siguieron si no podían verlo?” Aunque las Escrituras no dan una respuesta directa, revelan lo suficiente para que entendamos la lección espiritual. Estos hombres aprendieron a seguir lo que podían escuchar cuando ya no podían depender de lo que podían ver.

Esta es la naturaleza misma de la fe bíblica. A menudo deseamos que Dios nos muestre cada detalle antes de pedirnos que obedezcamos, pero frecuentemente nos guía por su voz en lugar de por certeza visible. El apóstol Pablo escribiría más tarde:

2 CORINTIOS 5:7 (RVR1960)

“Porque por fe andamos, no por vista.”

La fe nunca ha dependido de una visión perfecta. Depende de la confianza en Aquel que nos guía. Los ciegos no podían rastrear a Jesús con sus ojos, pero podían continuar persiguiendo su presencia. Cada clamor de “Hijo de David, ten misericordia de nosotros” mantenía su atención fija en Él. Cada sonido de la multitud les recordaba que todavía estaban cerca. Cada paso se convertía en otra declaración de que se negaban a detenerse hasta llegar a Cristo.

Entonces el Pastor Tisdale introdujo uno de los pensamientos más memorables del sermón. Sugirió que si él mismo fuera ciego y tratara de seguir a alguien, seguiría su alabanza. Escucharía su voz. Se movería hacia el sonido. Dejaría que la adoración se convirtiera en su guía. Esa ilustración captura hermosamente algo que la iglesia nunca debe olvidar: la adoración hace más que expresar nuestro amor por Dios: ayuda a dirigir corazones hacia su presencia.

Por eso la adoración corporativa es tan significativa. Cada voz que se levanta en alabanza se convierte en una invitación para que alguien más encuentre a Jesús. Siempre hay personas que entran al santuario cargando cargas que no pueden explicar. Algunos llegan abrumados por el temor. Otros llegan desanimados, confundidos, de luto, o espiritualmente agotados. Puede que no sientan de inmediato la presencia de Dios por sí mismos. Durante esos momentos, la adoración de la iglesia se convierte en un testimonio que dice: “Sigue avanzando. Jesús está aquí.”

El escritor de Hebreos recuerda a los creyentes esta responsabilidad.

HEBREOS 10:24-25 (RVR1960)

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos... sino exhortándonos unos a otros.”

La adoración corporativa no es simplemente una experiencia personal entre un individuo y Dios. También es un acto de ministerio hacia todos los que están reunidos en el lugar. Nuestra alabanza fortalece la fe de aquellos cuya fe es débil. Nuestras oraciones animan a quienes ya no saben cómo orar. Nuestra adoración le recuerda a alguien más que Jesús no lo ha abandonado.

Esto explica por qué el enemigo lucha tan ferozmente contra la adoración constante y la asistencia fiel a la iglesia. Si no puede convencer a los creyentes de abandonar a Cristo por completo, a menudo intenta aislarlos de las mismas voces que fortalecen su búsqueda. El aislamiento espiritual siempre ha sido una de las armas más efectivas de Satanás. Un creyente separado del ánimo del Cuerpo de Cristo se vuelve más vulnerable al desánimo, al engaño y a la fatiga espiritual.

Sin embargo, los ciegos se negaron a aislarse. Se mantuvieron lo suficientemente cerca como para escuchar. Se mantuvieron lo suficientemente cerca como para seguir. Se mantuvieron lo suficientemente cerca como para que, cuando Jesús entrara en la casa, ellos entraran también. Su incapacidad para ver nunca les impidió permanecer cerca del Salvador.

Hay otra lección hermosa aquí. Los ciegos no se avergonzaban de su dependencia. No fingieron tener todo bajo control. Clamaron continuamente, dejando que todos a su alrededor supieran que necesitaban a Jesús. El orgullo a menudo mantiene a las personas a distancia de Dios porque insiste en parecer autosuficiente. La humildad, sin embargo, reconoce con gusto su necesidad y sigue persiguiendo a Cristo hasta que Él responde.

Muchos creyentes hoy se encuentran atravesando temporadas donde la dirección de Dios parece poco clara. El futuro es incierto. Las preguntas permanecen sin respuesta. El camino por delante parece oculto. Durante esas temporadas, la respuesta no es dejar de seguir porque no podemos ver. La respuesta es apoyarnos más profundamente en las voces que continuamente nos señalan hacia Jesús. Sigue escuchando su Palabra. Sigue uniéndote a la adoración del pueblo de Dios. Sigue orando incluso cuando las respuestas parezcan retrasadas. Sigue congregándote con la iglesia. Sigue la voz del Pastor.

Los ciegos eventualmente recibieron la vista física, pero ya habían demostrado visión espiritual mucho antes de que sus ojos fueran abiertos. Entendieron una lección que todo discípulo eventualmente debe aprender: cuando no puedas ver la mano de Dios, sigue la voz de Dios. Aquellos que se niegan a dejar de perseguir a Cristo en la oscuridad descubrirán que, en su tiempo perfecto, Él siempre los lleva a la luz.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿Quién en tu vida está espiritualmente “ciego” ahora mismo y sigue el sonido de tu adoración? ¿Cómo puede tu fidelidad esta semana ayudar a guiarlo más cerca de Jesús?

05

SECCION

De “mí” a “nosotros”

Cómo la misericordia construye comunidad en lugar de creyentes aislados

Un cambio sutil en el lenguaje revela una transformación profunda que sucede en los corazones de los dos ciegos. A lo largo de las Escrituras, las palabras a menudo exponen la condición del corazón, y en este relato, un pequeño pronombre enseña toda una teología de madurez espiritual.

MATEO 9:27 (RVR1960)

“Y pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: Ten misericordia de nosotros, Hijo de David.”

La mayoría de las personas desesperadas oran naturalmente por sí mismas. El dolor tiene una forma de estrechar nuestro enfoque hasta que nuestras propias necesidades se convierten en el centro de nuestra atención. Esa tendencia es comprensible. Cuando estamos sufriendo, nuestras oraciones a menudo se convierten en: “Señor, ayúdame. Señor, sáname. Señor, rescátame.”

Sin embargo, estos hombres clamaron algo diferente.

“Ten misericordia de nosotros.”

El Pastor Tisdale señaló que mientras Bartimeo en Marcos 10 clamó: “Ten misericordia de mí”, estos dos ciegos habían aprendido a orar juntos. Aunque ambos eran ciegos, ninguno intentó adelantarse al otro. Ninguno compitió por la atención de Jesús. Ninguno trató al otro como un obstáculo para recibir un milagro. En cambio, se acercaron a Cristo con un corazón unido, creyendo que la misericordia de Dios era lo

suficientemente grande para ambos.

Esto revela un principio hermoso sobre el Reino de Dios. La ceguera pudo haberlos dividido, pero en cambio los unió. Su debilidad compartida se convirtió en el fundamento de su fe compartida. Descubrieron que el acuerdo no requiere circunstancias perfectas. Solo requiere corazones que se muevan en la misma dirección.

La Biblia enfatiza repetidamente el poder del acuerdo entre el pueblo de Dios.

MATEO 18:19-20 (RVR1960)

“Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.”

Nota que Jesús no prometió su presencia solo a individuos. Prometió revelarse de una manera única entre personas que lo buscan juntas. Hay una fortaleza espiritual que se encuentra en la unidad que no puede experimentarse en el aislamiento.

Esto explica por qué el enemigo intenta continuamente separar a los creyentes unos de otros. La división debilita lo que la unidad fortalece. El aislamiento magnifica el temor, mientras que la comunión magnifica la fe. Satanás entiende que los creyentes que comienzan a orar solo por sí mismos eventualmente pierden de vista la obra más grande que Dios desea realizar a través de su Iglesia.

El Pastor Tisdale expresó esta verdad con fuerza cuando dijo que el lenguaje de la Iglesia debe convertirse en “nosotros”. El avivamiento no puede sostenerse si cada oración gira en torno a la comodidad personal. La madurez espiritual gradualmente cambia nuestra perspectiva de “bendíceme” a “bendice a tu pueblo”. Se mueve de “sana a mi familia” a “sana a nuestras familias”. Crece de “dame un milagro” a “muévete por toda tu Iglesia”.

Esto es precisamente lo que observamos a lo largo del Libro de los Hechos. Los primeros creyentes no se reunían meramente para buscar experiencias espirituales individuales. Oraban juntos, adoraban juntos, sufrían juntos, daban juntos y se regocijaban juntos. Su unidad se convirtió en uno de los mayores testimonios de la obra de Dios entre ellos.

HECHOS 2:44-47 (RVR1960)

“Y todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas... alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”

Su unidad no eliminó las dificultades, pero multiplicó la fortaleza. Cuando un creyente se regocijaba, toda la iglesia se regocijaba. Cuando uno sufría, todo el cuerpo respondía con compasión. Entendían que ningún miembro del cuerpo de Cristo camina solo.

El mismo principio debería caracterizar a la Iglesia hoy. El cristianismo nunca tuvo la intención de ser una colección de creyentes aislados persiguiendo victorias privadas. Somos miembros de un solo Cuerpo, llamados a llevar las cargas de los demás, a animar la fe de los demás y a celebrar las victorias de los demás. Cada milagro que Dios realiza en la vida de otro creyente debería fortalecer nuestra propia confianza en su fidelidad.

El Pastor Tisdale también ofreció una idea importante sobre la misericordia misma. Recordó a la congregación que las personas que han experimentado verdaderamente la misericordia de Dios nunca deberían volverse tacañas con ella. Aquellos que recuerdan el pozo del cual Dios los rescató son los más rápidos en extender gracia a otros. La misericordia recuerda de dónde vino. Recuerda sus propios fracasos, su propio quebranto y su propia necesidad desesperada de la compasión de Dios.

Jesús reforzó este principio en las Bienaventuranzas.

MATEO 5:7 (RVR1960)

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.”

La misericordia bíblica no ignora el pecado ni baja el estándar de santidad de Dios. Más bien, es responder a personas quebrantadas con la misma compasión que Cristo extendió hacia nosotros. La verdad sin misericordia se vuelve dura. La misericordia sin verdad se vuelve concesión. Jesús encarnó ambas perfectamente, ofreciendo gracia mientras seguía llamando a las personas a la transformación.

Los dos ciegos entraron en la historia con una oración y un corazón. Sus voces se mezclaron hasta que se volvió imposible distinguir un clamor del otro. No competían por la atención de Jesús; estaban unidos en su búsqueda de Él.

Quizás esa es una de las mayores lecciones de este milagro. El Reino de Dios avanza con más poder cuando el pueblo de Dios deja de preguntar solamente: “¿Qué puede hacer Dios por mí?” y comienza a orar: “Señor, ¿qué puedes hacer entre nosotros?” Los milagros personales son maravillosos, pero el avivamiento corporativo transforma ciudades. La sanidad individual transforma una vida, pero una iglesia unida en misericordia se convierte en un testimonio que señala a toda una comunidad hacia Jesús.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

¿A quién puedes invitar a orar CONTIGO esta semana en lugar de orar solo? Escribe su nombre y una cosa que le pedirás a Dios juntos.

06

SECCION

Jesús quiere tu casa más que tu milagro

La mayor transformación sucede donde realmente vives

Todo en este milagro ha estado conduciendo a un momento. Los ciegos clamaron en el camino, siguieron a Jesús por las calles, y finalmente entraron en la casa con Él. Es solo allí, dentro de la casa, donde Jesús hace su pregunta y realiza el milagro.

Este detalle no es accidental.

Mateo nos dice intencionalmente dónde sucedió la sanidad porque el lugar es parte de la lección.

MATEO 9:28-30 (RVR1960)

“Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos... Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y los ojos de ellos fueron abiertos...”

El Pastor Tisdale construyó todo el mensaje alrededor de una observación poderosa: Jesús no se detuvo en el camino. Siguió guiándolos hacia la casa. El milagro podría haber sucedido frente a la multitud. Podría haber sucedido en el mercado donde todos habrían sido testigos de su poder. En cambio, Jesús eligió la privacidad de la casa.

¿Por qué?

Porque Jesús estaba enseñando una lección que se extiende mucho más allá de la sanidad física. Los ciegos querían que Él resolviera lo que era visible, pero Jesús deseaba acceso a algo mucho más profundo.

Antes de cambiar su condición, los llevó a un lugar de relación.

A lo largo de las Escrituras, la casa representa mucho más que un edificio físico. Representa el lugar donde ocurre la vida real. Es donde se forman las familias, se revela el carácter, se desarrollan los hábitos, y la fe se practica o se descuida. La adoración pública puede inspirarnos, pero la devoción privada nos transforma.

Por eso la Biblia enfatiza continuamente la importancia del hogar.

JOSUÉ 24:15 (RVR1960)

“Pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”

Josué no simplemente hizo una declaración personal. Hizo un compromiso concerniente a su hogar. Entendió que el propósito de Dios nunca estuvo limitado a la vida espiritual de un individuo. El Señor desea establecer su reinado dentro de las familias, los matrimonios y los hogares.

El Pastor Tisdale hizo una pregunta que merece permanecer en el corazón de cada creyente:

“¿Puedes creer en tu casa, o solo en esta iglesia?”

Esa pregunta expone la diferencia entre el cristianismo público y el discipulado privado.

Es posible adorar apasionadamente el domingo mientras se descuida la oración durante toda la semana. Es posible parecer espiritualmente saludable en la iglesia mientras nuestros hogares están llenos de temor, falta de perdón, conflicto o indiferencia espiritual. Podemos experimentar la presencia de Dios durante un servicio, pero nunca invitarlo intencionalmente a las conversaciones, decisiones y rutinas de nuestra vida diaria.

Jesús nunca tuvo la intención de que la iglesia se convirtiera en el único lugar donde se experimenta su presencia.

El Nuevo Testamento retrata constantemente el hogar como un centro de vida espiritual. La iglesia primitiva se reunía de casa en casa. Las familias oraban juntas. Los padres enseñaban a sus hijos la Palabra de Dios. La hospitalidad se convirtió en un ministerio. Los hogares se convirtieron en lugares donde se formaban discípulos mucho antes de que entraran al ministerio público.

HECHOS 2:46-47 (RVR1960)

“Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios... Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”

Nota el equilibrio. Se reunían en el templo, pero también vivían su fe en sus hogares. La reunión pública fortalecía la vida privada, y la vida privada fortalecía la reunión pública. Ninguna de las dos tuvo jamás la intención de reemplazar a la otra.

El Pastor Tisdale describió hermosamente lo que representa la casa. Es donde vive tu matrimonio. Es donde tus hijos están observando. Es donde el temor intenta hablar durante la noche. Es donde se esconde el dolor privado. Es donde la fe se practica o se ignora cuando nadie más está mirando. El Señor no simplemente quiere realizar milagros en el santuario; quiere que su presencia habite en los lugares donde se desarrolla nuestra vida diaria.

Esto explica por qué el sermón concluyó con familias orando juntas. Fue más que un llamado emocional al altar. Fue un llamado a invitar a Jesús a cada habitación de nuestras vidas. Durante el servicio, varios miembros de una familia fueron bautizados, y el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos. El Pastor Tisdale señaló a esa familia y declaró: “Esto es lo que sucede cuando el Espíritu entra en tu casa.” El milagro ya no se limitó a un solo individuo. Se convirtió en un testimonio que transformó todo un hogar.

Esa escena hace eco de un patrón hermoso que se encuentra a lo largo del Libro de los Hechos. La casa de Cornelio recibió el Espíritu Santo juntos. La casa de Lidia creyó junta. El carcelero de Filipos y su casa fueron bautizados juntos. Una y otra vez, Dios demostró que su deseo se extiende más allá de los individuos hasta las familias.

El mayor milagro no es simplemente que una persona se encuentre con Jesús. El mayor milagro es cuando Cristo se convierte en el centro de todo un hogar.

Quizás por eso Jesús retrasó la sanidad hasta que entraron en la casa. Quería que estos hombres entendieran que su propósito nunca fue simplemente restaurar su vista. Quería establecer su presencia. Los milagros pueden cambiar un momento, pero la presencia de Cristo cambia un estilo de vida.

Como creyentes, ciertamente deberíamos orar por sanidad, provisión, liberación y avance. Dios se deleita en responder esas oraciones. Sin embargo, deberíamos desear algo aún mayor. Más que pedirle a Jesús que visite nuestras vidas ocasionalmente, deberíamos invitarlo a habitar continuamente en nuestros hogares. Su presencia cambia la atmósfera de un matrimonio. Transforma la manera en que los padres crían a sus hijos. Trae paz a corazones ansiosos, perdón a relaciones heridas, y esperanza a lugares donde antes vivía la desesperación.

Los ciegos entraron en la casa esperando un milagro. Salieron con mucho más que la vista restaurada. Habían encontrado personalmente al Mesías, y sus vidas nunca volverían a ser iguales.

Esa es la invitación que Cristo extiende hoy a cada creyente. Él no está simplemente pidiendo un lugar en nuestro horario del domingo. Está pidiendo acceso a nuestros hogares, nuestras relaciones, nuestras decisiones, nuestras conversaciones y nuestra vida diaria. Cuando Jesús es bienvenido en la casa, el milagro ya no permanece como un evento: se convierte en una nueva forma de vivir.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

*¿Cuál es una habitación, rutina o relación en tu casa que todavía no has abierto por completo a Jesús?
¿Cómo se vería invitarlo esta semana?*

.....

.....

.....

.....

07

SECCION

Invita a Jesús a tu casa

Cada milagro en las Escrituras nos enseña algo sobre el corazón de Dios, pero este milagro nos enseña algo igualmente importante sobre el corazón del creyente.

Los dos ciegos comenzaron su jornada en un camino público, pero recibieron su milagro en una casa privada. Esa progresión fue intencional. Jesús no simplemente los estaba llevando a un lugar diferente; los estaba llevando a una relación más profunda. Antes de abrir sus ojos, los invitó a su presencia. Antes de cambiar lo que todos podían ver, trató lo que sucedía dentro de sus corazones.

Quizás por eso esta historia todavía habla con tanto poder hoy. Vivimos en una cultura que a menudo busca momentos públicos con Dios mientras descuida la comunión privada con Él. Celebramos servicios poderosos, experiencias conmovedoras de adoración y testimonios inspiradores, y esos momentos son importantes. Sin embargo, Jesús desea más que encuentros ocasionales. Desea una relación diaria que continúe mucho después de que el servicio haya terminado.

El desafío que el Pastor Tisdale puso delante de la iglesia fue simple pero transformador: ¿Solo tendrá Jesús acceso a tu domingo, o tendrá acceso a tu casa?

Esa pregunta alcanza cada área de nuestras vidas.

¿Es Cristo bienvenido en nuestras conversaciones en casa?

¿Está presente en las decisiones que tomamos como padres, esposos, esposas, hijos e hijas?

¿Su Palabra moldea la atmósfera de nuestros hogares tanto como moldea nuestra adoración en el

santuario?

¿Ven nuestras familias la misma fe el lunes que la que presenciaron el domingo?

Estas son las preguntas que este milagro nos invita a responder.

Los ciegos nos enseñan que la fe sigue caminando incluso cuando no puede ver. Nos recuerdan que el dolor no tiene que convertirse en nuestra identidad, que la adoración puede guiarnos cuando la visión no es clara, y que la misericordia de Dios siempre llama a su pueblo a la unidad en lugar del aislamiento. Sobre todo, nos revelan que Jesús no se conforma con permanecer como un obrador de milagros distante. Él desea convertirse en el Señor de cada habitación de nuestras vidas.

Quizás hay un área de tu “casa” que has mantenido cerrada para Él. Tal vez es una relación que necesita sanidad, un hábito que necesita ser entregado, un temor que ha controlado silenciosamente tus pensamientos, o una carga que has llevado durante años. Sea lo que sea, el mismo Jesús que les preguntó a dos ciegos: “¿Creéis que puedo hacer esto?”, todavía nos hace hoy esa pregunta.

Su invitación nunca ha cambiado.

Tráeme a tu casa.
Tráeme a tu matrimonio.
Tráeme a tu crianza.
Tráeme a tus decisiones.
Tráeme a tus luchas escondidas.
Tráeme a los lugares donde nadie más puede ver.

Cuando Cristo es bienvenido en la casa, hace mucho más que realizar un milagro. Transforma la atmósfera. Su presencia reemplaza el temor con paz, la amargura con perdón, la confusión con sabiduría, y la desesperación con esperanza. Un milagro puede cambiar una circunstancia, pero su presencia cambia una vida.

Que nuestra oración ya no sea simplemente: “Señor, visítame.”
Que se convierta en:
“Señor, siéntete en casa.”
Porque cuando Jesús entra en la casa, nada permanece igual.

REFLEXIONA Y ESCRIBE

Mirando tu propia casa hoy, ¿cuál es un área específica, tu matrimonio, tu crianza, tus decisiones o tus luchas escondidas, donde dirás “Señor, siéntete en casa” esta semana?

COMPLETA LOS ESPACIOS

Completa cada declaración usando la lección.

1. La fe no es la ausencia de _____, sino la decisión de seguir a Jesús.
2. Jesús preguntó a los ciegos: “¿Creéis que puedo hacer _____?”
3. El dolor a largo plazo nunca debería convertirse en nuestra _____.
4. Cuando no podemos ver claramente la dirección de Dios, debemos seguir su _____.
5. La madurez espiritual mueve nuestras oraciones de “bendíceme” a “bendice _____.”
6. Jesús desea más que un milagro ocasional; desea acceso a nuestra _____.

PREGUNTAS DE REFLEXION

1. Jesús preguntó a los ciegos: “¿Crees que soy capaz de hacer esto?” Si Él te hiciera esa pregunta hoy, ¿qué área específica de tu vida vendría de inmediato a tu mente, y por qué?

2. ¿Alguna vez has permitido que una lucha, fracaso, decepción o experiencia dolorosa se convierta en parte de tu identidad? ¿Cómo desafía este pasaje la manera en que te ves a través de los ojos de Cristo?

3. Los ciegos siguieron a Jesús aunque no podían ver hacia dónde los estaba guiando. ¿Cómo se ve prácticamente seguir a Cristo durante temporadas en las que su dirección parece poco clara?

4. El Pastor Tisdale nos desafió a considerar si Jesús solo tiene acceso a nuestra experiencia en la iglesia o si tiene acceso a nuestro hogar. ¿Qué cambios específicos ayudarían a que tu casa sea un lugar donde la presencia de Cristo sea bienvenida intencionalmente cada día?

5. Mirando atrás en este estudio, ¿cuál es la única verdad que el Espíritu Santo impresionó más profundamente en tu corazón, y qué paso específico de obediencia tomarás esta semana debido a ello?
